cual sol de mediodía
comienza a caminar...

Hacia el abad gozosa sus pisadas dirige
y el que niño sonríe, aunque los mundos rige,
uno a uno a los monjes háceles adorar.
Después al altar vuelve, como al árbol el ave,
y torna a ser efigie de piedra inmoble y grave...
Entretanto los monjes paladean dulzores
y el «Magnificat» cantan suspirando de amores.

Jacinto M. Verdaguer

LA VIRGEN DE CHILLA
(Leyenda abulense)

En uno de los valles formados por las estribaciones de la imponente sierra de Gredos, está enclavado el pintoresco pueblecito de Candeleda (Avila). Y en sus cercanías, entre picos inaccesibles, pinares espesos y olorosos, encinares y robledales tupidos, se alza, desamparada y cándida, la pequeña ermita de la Virgen de Chilla. Para subir a ella hay que trepar, dejando a un lado la sombra de un castillo medieval y las márgenes del zigzagueante Cuevas, en cuyas aguas reflejan su vuelo las cigüeñas, varias horas por caminos de herradura. Y arriba, mientras se recrea la vista en las magnificencias de un soberbio y majestuoso panorama y se respira el aire perfumado de los pinares, no faltará quien sepa, por haberla oído de labios de sus antepasados, y relate la fuerte e interesante leyenda de la aparición de la Virgen de Chilla.

* * *

Fue aquí en el mismo lugar donde, como blanco nido de palomas, se alza hoy la ermita. Entonces sólo frecuentaban estos riscos y bosques los pastores para dar de comer a sus ganados. Abajo,

muy abajo, en el valle, se alzaba la primera cabaña, escueta y solitaria.

Vivía en ella la familia de Antón el pastor, compuesta del matrimonio y dos hijos pequeños. La mujer, Casilda, una hermosa muchacha, bastante más joven que Antón, le había salido «cara y... cruz», como decía un chusco: ligera de cascos, un tanto coqueta y peligrosa. Lo cierto fue que Casilda escuchó los requiebros y galanteos de Colás, un pastor joven de las cercanías, cuyos ganados pastaban también por aquellos andurriales. Tanto rogó Colás y tanto extremó sus manifestaciones de pasión, que Casilda accedió a concederle una entrevista, acaso con designio de engañarle. La cita había de tener lugar en el sitio mismo donde se alza la ermita de la Virgen.

Antón era celoso. Barruntó algo extraño. Siguió por riscos y breñas a Casilda y sorprendió a los casquivanos, cuando la mujer acababa de desembocar en la plazoleta y apenas se habían saludado.

* * *

—¡Colás: tú eres un mal hombre y un mal amigo! —díjole Antón, seguro de haber sorprendido a los infames, tras hacer retirarse, con un gesto, a Casilda al fondo de la plazoleta—. ¿Cuántas veces no te he dado yo albergue en mi casa?... ¿Cuántas no he compartido contigo la hogaza y el queso que llevaba en mi morral?... ¡Y así has querido pagarme! ¡Vas a tener tu merecido y vas a ver que no se juega impunemente con el honor de Antón! Mira: a prevención, por si no llevabas

navaja encima, he traído yo dos. ¡Escoge la que quieras! Y luego uno de los dos está de más; porque no es de ley que los dos vivamos, no cabemos ambos en el mundo, después de haber querido mancillar mi nombre. ¡Coge ya una navaja!...

Colás, lívido, dudaba. Comprendía que era preciso matar o morir. Uno de los dos había de quedar fuera en el combate. Su juventud se encabritaba, aferrada a la vida; su gallardía de hombre fuerte y valiente le impelía a tomar aquel arma y tratar de eliminar a su contrario. Pero pudo en él más un sentimiento noble, generoso y justo que invadió su alma en instante tan solemne. Desatóse la faja; abrióse la camisa de un tirón; mostró el fuerte pecho desnudo y dijo avanzando hacia su rival, sin querer recoger la navaja caída:

—¡Tírame duro, Antón, tírame aquí, donde es verdad nacieron esos sentimientos miserables! ¡Castígame tú mismo, mátame como a un perro! ¡Párteme el corazón de un tajo, como se merecen los asesinos y los malvados!

Aquella nobleza no desarmó a Antón. Ciego de cólera, se acercó más a su rival, levantó en el aire el brazo; su fuerte mano empuñaba la navaja abierta. Y se dispuso a hundir el acero en el mismo corazón del rival odioso que se ofrecía como víctima sumisa a su justicia.

De pronto se encontró paralizado, sin fuerzas. Un obstáculo invisible, un poder misterioso le retenía la navaja. Sonó un trueno. Antón levantó los ojos, y vio cómo de una nube, bajada de las alturas hasta tocar casi el pico de la sierra don-

de se abría la explanada, surgía la figura de la Virgen que, sonriente, le decía:

—¡Perdona, Antón, perdona! ¡Cuando pase tu furia, te arrepentirás de haber matado! Lo hermoso del hombre, lo grande, lo que le ennoblece, le sublima, le hace superior a todas las criaturas y a sí mismo, no es la ira, ni los instintos homicidas, vengativos, ni las malas pasiones, patrimonio de todos los seres feroces de la creación, de todas las fieras, sino la piedad, la bondad, la dulzura y el perdón. Piensa esto: sólo cuando perdona a los que le ofendieron, es el hombre verdaderamente grande y dignifica su vida. ¿Qué dices?

El pastor apenas entendió aquellas sublimes y celestiales palabras, y, ciego de furor, rugió:

—¡Déjame!... ¡Suelta!... ¡Suelta mi navaja!... ¡Quiero matarle!... ¡He de matarle!

—Ya no puedes —repuso la Virgen, sonriendo dulcemente—. ¡Mira!

Y Antón, al mirar hacia donde apuntaba el índice extendido de la imagen, vio a su rival convertido en estatua de piedra...

* * *

Y esta es la Virgen que, surgiendo de una nube, se ve todavía en el santuario de Chilla. En un altar contiguo la efigie de un joven pastor muestra desatada su faja roja, abierta la camisa de blanco lienzo y descubierto el pecho, como si ofreciera todavía el corazón culpable al furor de la navaja de Antón, su rival.

Santos Díaz Santillana

LA VIRGEN DE LA ESPERANZA
(Macarena)

En la calle solitaria
una ráfaga de brisa
agita con suavidad
claveles y campanillas.
En la pared encalada,
las alegres gitanillas,
a los reflejos del sol,
proyectan sombras floridas.
Todo es silencio en la calle
en la que reina la brisa.
A un balcón, cubierto todo
de rosas y clavellinas,
entre los floridos tiestos
se asoma una viejecita.
Con sus manos temblorosas
surcadas por mil arrugas,
va acariciando las flores,
mirándolas, una a una,
hasta que al fin se detiene
en la flor más peregrina.
Es un clavel encarnado,
tan rojo como la púrpura.
En la calle solitaria,
y de una casa vecina,
se oye rumor de sollozos

que va llevando la brisa.
  Al oírlos, se estremece
la arrugada viejecita.
Una figura enlutada,
de la casita vecina
se ha asomado a la calleja.
  Al verla la viejecita,
entre los floridos tiestos
asoma su faz marchita,
y con su voz ya cascada
lanza al aire su pregunta:
—¿Qué ocurre, señor Manuel?
¿Cuál es la desgracia suya...?—
Señor Manuel alza el rostro
que las lágrimas inundan
y con voz entrecortada
contesta a la viejecita:
—¡Una desgracia tan grande
que es la mayor de mi vida!
  Envuelta en blanco sudario
y entre velas encendidas,
la niña en quien me miraba
está en mi casa difunta—.
En el rostro de la anciana,
la compasión más profunda
se pinta, y emocionada
vuelve a oírse su pregunta:
—¿Qué enfermedad la llevó...?—
—La pena y la desventura.
Olas de humanos rencores
se agitan embravecidas.
Por su virtud y recato,
cebóse en Ella la envidia,

el odio la hizo su presa
¡y la ultrajó la calumnia!
De su casa solariega
tuvo que salir huida,
porque dentro de sus muros
ya peligraba su vida.
El cobijo de mi casa
tan modesta y tan sencilla
aceptó, mientras las lágrimas
rodaban por sus mejillas.
¡Poco duró nuestro gozo!,
¡poco duró nuestra dicha!
que esta tarde bajo tierra
ha de quedar escondida.—
Con los ojos arrasados
por lágrimas contenidas
y con su voz ya cascada
pregunta la viejecita:
—Diga V., señor Manuel,
¿cómo se llama la niña...?—
Señor Manuel, alza el rostro
en que la angustia se pinta,
y con voz emocionada
que suena a plegaria o súplica
dice mientras se descubre:
—¡Esperanza de Sevilla!—
Al conjuro de este nombre
que es el alma de su vida,
con sus manos tenebrosas
surcadas por mil arrugas,
corta la anciana el clavel
tan rojo como la púrpura
y lanzándolo a la calle,

con voz de plegaria o súplica,
le dice al señor Manuel
—¡Póngalo V. en su tumba!—
Lentamente, con el sol,
la luz del día declina
dorando con sus reflejos
la bella torre vecina.
Los bronces de sus campanas
doblan, como despedida
a Aquella que, bajo tierra,
ha de yacer escondida.
Por la calle solitaria
va un entierro de mocita,
y en su balcón florecido
solloza la viejecita.

* * *

Es media noche. En la calle
nada su silencio turba.
Son más amargas sus lágrimas,
y es más suave la brisa.
Como dique que se rompe
ante una inmensa avenida,
así el dolor que le ahoga
rompe en palabras sentidas.
—En toda la Macarena
ninguna mocita había
que compararse pudiera
con su carita divina.
¡Eran rosas y magnolias
en sus carnes confundidas,
eran lirios sus ojeras,

y su boca clavellina,
y dos brillantes luceros
eran sus negras pupilas!
Mientras sus ojos lloraban
parece que sonreía...
Era la gracia de Dios
la de su cara divina
¡y era su nombre Esperanza!
¡Esperanza de Sevilla!—
Su voz resuena en la calle
cual saeta dolorida.
No se mueve ni una hoja,
ni el menor soplo de brisa,
de las verdes albahacas
agita las florecillas.
En la pared encalada
la luna llena deslumbra.
Mas allá de la calleja,
su blanca luz ilumina
una torre sin campanas,
como las cuencas vacías
de unos ojos, que antes fueron
compendio de la alegría.
Olas de humanos rencores,
como en mar embravecida
desbordáronse, ultrajando
cuanto a Dios se refería.
Un día de mal recuerdo,
una turba enloquecida
hizo hoguera de aquel templo
reduciéndolo a cenizas.
Su Virgencita graciosa,
la Virgencita bonita

no ardió dentro de sus muros,
porque almas decididas
la ocultaron, exponiendo
su libertad y su vida.
De entre sus tiestos de flores,
su faz rugosa y marchita
como una flor ya pasada,
asoma la viejecita.
Los dos años transcurridos
han hecho que sus arrugas
sean más profundas, y brillen
con menos luz sus pupilas.
A poco, por la calleja,
su figurita menuda
se va alejando despacio.
Su negro mantón de espuma
en la pared encalada
pone una sombra profunda,
cruza las calles estrechas
de la dormida Sevilla,
y ante una enorme portada
se para sobrecogida.
  Con su mano temblorosa
surcada por mil arrugas,
del pesado picaporte
levanta la manecilla.
Otra mano, desde dentro
abre la puerta maciza,
y en la oscuridad del templo
se pierde la viejecita,
cubriendo con el mantón
su cabeza encanecida.
Al resplandor, de unos cirios,

señor Manuel la encamina,
mientras susurra en su oído
con emoción contenida:
—Vencida la tempestad
de rencores y malicias,
y siendo su casa escombros,
¡obra del odio y la envidia!,
en este templo famoso
mañana, a la luz del día,
en rico trono de plata,
cuajada de pedrería,
entre luces, entre incienso
y repiques de alegría,
Ella tendrá el homenaje
de la fe más encendida.
Mas esta noche, en silencio,
en ambiente de familia,
seremos cual los Apóstoles
en el cenáculo un día,
¡hijos que, junto a su madre,
gocen de su compañía!—
Su voz se quiebra en sollozos,
porque es también la alegría
causa que arranca las lágrimas
a las almas sensitivas.
Fuerte fragancia de flores
toda la iglesia perfuma,
y, al resplandor de las velas,
blanca caja de mocita
se alza en mitad de aquel templo
donde la ciencia se humilla.
Unas figuras borrosas
en la sombra se perfilan.

La Virgen de la Esperanza (Macarena)

En las losetas de mármol
cae la anciana de rodillas,
mientras, con voz temblorosa
que suena a plegaria o súplica,
dice mirando a la caja:
—¡Esperanza de Sevilla!—
Envuelta en blanco sudario,
la carita peregrina
de la Virgen de San Gil,
como estrella matutina
destaca resplandeciente
entre velas encendidas,
cual sangre que se secara
en el borde de una herida,
en el pecho de la imagen
se ve una flor, ya marchita,
un clavel que debió ser
tan rojo como la púrpura.
Como nueva Berenice,
la dulce faz dolorida
limpia de polvo la anciana
con su mantón de espumilla.
En la seda del mantón
quedan algunas partículas
de la tierra que guardó
tan adorada reliquia.
Como dique que se rompe
ante una inmensa avenida,
su vocecilla cascada
rompe en palabras sentidas.
—¡Reina de la Macarena!
¡la de carnes confundidas
con las rosas y magnolias

y boca de clavellina,
la de lirios por ojeras,
la de la cara divina,
la Virgencita que llora
y hace del dolor sonrisa...!
¡bendita Tú, que nos vuelves
segunda vez a la vida,
y sea bendita la tierra
que te ocultó, Madre mía!
Vuelve a reinar como antes
en tu ciudad preferida.
¡Estrella de la Mañana!
¡Esperanza de Sevilla!—
En las naves de aquel templo,
donde la ciencia se humilla,
queda su voz resonando
como oración de fe viva.
Lentamente, va llegando
la claridad matutina.
Por la calle solitaria
regresa la viejecita.
En sus manos temblorosas
lleva una flor, ya marchita,
¡y en su boca desdentada
va floreciendo la risa!

Carmen García Bravo-Ferrer
(«Lágrimas. Leyendas de Semana Santa», Sevilla, 1942)

CANTO DE LA GOLONDRINA

Avecilla peregrina,
vengo de tierra africana;
soy la que arrancó la espina
que la ingratitud humana
clavó en la frente divina.

Oíd, oíd: aquel día
Jesús en la Cruz pendía
y el sol ocultó su luz:
triste la Virgen María
lloraba al pie de la Cruz.

Muda de tanto sufrir
veía al Hijo expirar
sin poderle consolar,
sin poder con Él morir,
sin dejarle de mirar...

«No le mires, Virgen pura:
no llores ante Él —le dije—,
que más que su desventura
le apena ver la amargura
que a tu corazón aflige.»

Y así fue: ya para siempre son mis colores
«Golondrina hermosa, de azul plumaje,
voladora avecilla de dulce canto,

duro es que de mis ojos el llanto ataje;
pero dejar de verle... ¡No puedo tanto!

Muere con él mi gloria, mi luz, mi vida;
muere el amor más dulce de los amores;
si tú sabes la angustia de un alma herida,
ve si hay dolor más grande que mis dolores...

Canta, avecilla, canta tiernos cantares;
canta y endulza el duelo de su agonía;
que al pensar que le aflijo con mis pesares,
no hay pena, no, que iguale la pena mía...
Así triste la Virgen gimió angustiada
y se abrazó al madero desconsolada.
«¡Pobre madre! —exclamé con un grito
de amor y ternura—.
Grandes son, como el mar, los abismos
de tu desventura.
Pero yo arrancaré, si tú quieres,
las duras espinas
con que, ingratos, rasgaron los hombres
las sienes divinas:
volaré con mis alas abiertas
rozando su frente
y enjugando la sangre que tiñe
su rostro inocente;
yo, al pasar, rozaré sus heridas
cortando mi vuelo.
Y para que oiga una voz en su muerte
de amor y consuelo,
de la Cruz en los brazos posada,
si no con el llanto
lloraré... como lloran las aves

que endulzan su canto.
Pero dame —añadí— como lema
de tus amarguras,
una túnica blanca y un manto
de plumas oscuras;
deja, sí, que al besar aquel rostro
tan dulce y tan bello,
quede impresa con gotas de sangre
su corona en mi frente y mi cuello.»

Y así fue: ya para siempre son mis colores
los que lleva la Virgen de los Dolores:
una túnica blanca cual la pureza;
un manto con el luto de la tristeza;
y de sangre divina cual santo sello,
una gota en la frente y otra en el cuello.

Por eso es siempre el mismo mi itinerario:
desde el Africa a España, luego al Calvario.
Yo recorro mil veces la Sacra Vía
y otras mil voy al Huerto de la Agonía;
cruzo la calle triste de la Amargura
y de Jesús adoro la sepultura.

Yo, en la senda que siguen los peregrinos,
voy ante ellos orando con dulces trinos,
y, al dejar para siempre la ciudad santa,
y, al tornar por los campos de Palestina,
dicen que gime un ángel por mi garganta
y es que pasa llorando la golondrina.

Anónimo

LA VIRGEN DEL PUIG DE POLLENSA
(Leyenda de la Isla Dorada)

Las calles de Pollensa son casi paralelas o perpendiculares a la vecina playa, y para la gente del país deben ser más o menos convenientes para ir a un sitio u otro; para el forastero que no lleve prisa, lo mismo da una que otra; puede seguirlas, confiado en que le llevarán al pie de un montecito sobre el cual se levanta un Calvario, o al pie del monte, ya más importante, que, a la parte opuesta de la población, ostenta en su Pico el Santuario de la Virgen más popular de Mallorca.

El Calvario es de fácil acceso. Rampas suaves, sombreadas por chopos y olmos, conducen al rellano superior, en cuyo centro se eleva una linda capilla que es el término obligado de todo paseo burgués pollentino.

A nosotros, como excursión, nos supo a poco. Decidimos, pues, bajar del Calvario, atravesar la población de Este a Oeste y encaramarnos peñas arriba hacia el Santuario del Puig (pico), rodeado de negruzcos paredones que desde abajo nos parecían castillos roqueros.

Acompañados por un zagalito de unos doce años que nos llevaba nuestro maletín, con trastos de limpieza y algo de ropa para pasar la noche en aquella altura, emprendimos la caminata antes de ponerse el sol, pensando llegar arriba

al anochecer, dormir allí y, a la mañana siguiente, bien reposados, visitar el Santuario, las construcciones adyacentes y las preciosidades naturales o artísticas que, sin duda, nos enseñarían.

Sudados, jadeantes y con la respiración afanosa, llegamos, ya del todo oscuro, al último rellano de la montaña.

¡Cuánto me pesó no haberle hecho caso al muchachito que nos acompañaba y que me había aconsejado que tomáramos, al menos, un borriquito!

Con la punta de mi cayado buscaba sitio a propósito para sentarme, cuando me pareció entrever la sombra de un hombre que, saltando de peña en peña, venía hacia nosotros.

Era el donado del Santuario que nos había visto subir y se adelantaba a nuestro encuentro.

Hablando con aquella especie de cabra montés, para quien saltar por aquellas peñas parecía un juego, casi me avergoncé de demostrarle mi cansancio por una cosa que él hacía, según me dijo, dos veces diarias.

Ibamos siguiéndole paso a paso y hasta a veces nos cogíamos de su mano, para no tropezar en las, a manera de titánica escalinata, abruptas losas que ayudan a ganar la cima de las alturas, o sea, el recinto amurallado.

Dios guarde a ustedes. Muy buenas noches —decía en la oscuridad una voz melosa.

Era la donada, la esposa del donado que salía a recibirnos en el portal del recinto y que, sin más cumplidos, nos conducía a una celda. Abrimos en ella el maletín que llevaba el zagal, saca-

mos algo de ropa, nos secamos y, ya sentados, volvió a entrar aquella amable mujer con unos vasos de agua fresca y unas copitas de anís.

Bebimos, yo encendí luego mi pipa y, al cabo de un rato, ya ni sentíamos cansancio ni nos dolía haber subido.

Por fuera todo era oscuridad, y allá, en lo profundo, brillaban las luces domésticas de Pollensa; inútil, pues, extasiarse viendo visiones; era preferible esperar la cena hablando con aquella simpática pareja que, separada del trajín mundano, debía vivir una vida idílica.

Tenían delante un gran espacio para corretear, y como morada, un gran palacio abacial; por vecinos, árboles murmuriosos y ruinas poéticas; para entretener sus ocios, el que había sido convento de monjas y Santuario; por doquier flores, hermosas vistas y siempre al lado el can doméstico que aleja a los malhechores. Gallos para cantar las horas, palomitas y tórtolas para aprender a ser amables, y por encima de todo, el cielo con sus estrellas; al pie, el mar con sus cambiantes aspectos... ¿Qué más podían apetecer? Jóvenes ambos, hermosos ella y él... decididamente, aquellos dos seres debían ser dichosos

... ...

La cena en compañía de aquella buena gente fue agradable, y cenando, entre preguntas de ellos a nosotros y cosas que marido y mujer nos referían, íbamos recogiendo migajas de historias repetidas de una generación a otra en tierras pollentinas; hechos ocurridos a la familia del donado, a parientes de su esposa.

¡En tiempos de otra donada, que era muy anciana y hablaba con la Virgen, había ocurrido una cosa increíble! Una noche de gran tempestad, la Virgen había huido de su camarín, había bajado a la playa.

—¿Había huido?

—Sí, señor, sí. Una noche de hace muchos años. La donada de entonces, durante el día entraba cien veces en el camarín de la Virgen hablándole en voz alta como a persona viva; diciéndole: Ahora tiraré la cortinilla para que entre el sol. Ahora abriré la puerta grande para que os dé el fresco, Madrecita mía. Ahora regaré el suelo para no levantar polvo al barrer. Ahora voy a dar salvado a mis gallinas...

Y cuando entraba para mudar de vestido a la Señora o a encenderle un par de cirios, nunca se acercaba a ella sin darle los buenos días y besarle la mano.

Pues sí, una noche de hace muchos años, según se desprendía del hecho que aquella buena gente nos contaba, el día que precedió a aquella noche tan lejana en que se verificó la maravillosa huida de la Virgen, desde lo alto de su santuario se habían oído bramar las olas que desde lejos venían persiguiendo a las pocas naves vistas durante la débil luz diurna, poseídas todas, al parecer, de un furor diabólico, según lo incierto y desordenado de sus rumbos, desapareciendo entre nubarrones, volviendo a aparecer empujadas por la gran tormenta... y según refería aquella donada tan anciana, ella estaba con una huerfanita, que le hacía compañía, cerca del hogar, co-

La Virgen del Puig de Pollesca

miendo unas sopas, cuando de repente oyeron por arriba un ruido de cosas rotas.

—¿Qué debe ser? —dijo la anciana, dejando el pucherito de sopas y tomando el farolillo que a veces le servía para ir de noche a recibir a un romero—. ¿Qué debe haber pasado? ¿Has oído, Catalina? Ha sido dentro del camarín de la Señora.

La huérfana, helada la sangre, se asía a las faldas de la anciana.

—¡Barrum! ¡Barram!

Otro ruido todavía más fuerte, y la donada volvió a tomar el farolillo, saliendo de la cocina, subiendo al camarín, agitando la luz con sus manos temblorosas.

Al cabo de un rato, bajó afligida, llorosa, con el farolillo apagado y su ropa mojada, diciendo entre lágrimas y suspiros que la Santísima Virgen había huido de su capilla, que debía haberse escapado por el ventanal, que ella tenía la certeza de haber cerrado al anochecer, y que ahora estaba abierto, con su postigo que batía furioso contra la pared, como si quisiera seguir a la Señora.

—Estará enfadada conmigo porque hace días no la he mudado. ¿Para qué queríais el manto rameado y las arracadas de topacio, si no sube nadie, Señora? ¡Ay pobre de mí, ha huido por el ventanal!

Por fuera parecía como si el mundo agonizara: todo era fragor y lamentos; los árboles crujían y de tanto crujir se quebraban; las olas allá en la playa roncaban y de tan hinchadas reventaban,

esparciendo por las rocas trozos de maderamen de barcos, vestigios de trágicos naufragios.

Se oyó otro ruido más fuerte y la viejecita encendió nuevamente su farolillo y nuevamente subió al camarín, dejando a la huérfana cerca del hogar con su delantal por encima de la cabeza para no ver ánimas.

Después de larga ausencia, la donada volvió a bajar, pero esta vez con el farolillo encendido, y contó a la huérfana las extrañas cosas que la Señora fugitiva ya vuelta a su peana, le había dicho.

—¿Está en su sitio?

—¡Sí, hija, sí... pero si la vieses! ¡con el manto empapado en agua salobre... la he tentado! ¡con sus zapatitos cubiertos de fango... de arena... los he tocado...!

—¿No será —dijo ingenuamente la huérfanita— que se habrá mojado con la lluvia que ha entrado por el ventanal?

—Viendo que la Señora me sonreía —prosiguió la anciana sin atender a la interrupción de la huérfana—, me he arrodillado a sus pies, y le he dicho:

—Buenas noches, Señora... pues... ¿por qué habéis huido—, ¿de dónde venís, Señora?, ¿quizá encontráis que no os sirvo bien?... La Virgen, con voz dulcísima me ha contestado:

—En medio de la gran tormenta, se han levantado ayes de agonía, voces clamantes y he bajado al mar para salvar a unos pobres navegantes que me invocaban.

Y, cuando al ser de día, la donada vieja y la

huerfanita salieron al portal del recinto amurallado, vieron avanzar, rampas arriba, chorreando agua, con los cabellos pegados a las sienes, los pies descalzos, llevando entenas rotas, trozos de velamen, a unos pobres marineros que en aquella tan triste noche habían elevado sus gritos de agonía... invocando a la Madre de Dios de Puig de Pollensa.

José Pin y Soler